

arán tanto como ustedes las deseen y las quieran a ellas, bendita sea su generosidad.") Es así como puede entenderse que Stephen Vizinczey sea también Andrés Vajda: porque refleja su vida, en "ondulación y contradicción", como quería Stendhal que la literatura reflejara la vida toda.

El concepto del erotismo en Vizinczey está estrechamente ligado a un sentimiento sacro. Tiene la seguridad de que el misterio es intangible, "propiedad innata en las mujeres y que los hombres, con suerte, pueden llegar a adquirir".

Por ello, al recordar su pasado religioso, Vajda dice: "Los frailes franciscanos me pondrán, espero, si digo que yo nunca hubiera podido comprender y gozar a las mujeres si la Iglesia no me hubiera enseñado lo que es la reverencia y el éxtasis." Y dice más: "A veces pienso que la vida ideal podría ser la de un fraile franciscano con un harén de mujeres de cuarenta años".

Al hacer memoria de la primera vez que vio a una mujer desnuda, de carne y hueso, el adolescente Vajda observa que "no sólo era diferente: era como un milagro". Todo el amor en esta novela es eso: una teofanía. Por eso es algo más que una novela erótica. Por eso siempre será inexacto reducirla a este subgénero que, incluso en su cresta más alta, apenas si llega a rozar la verdadera dimensión de la alta prosa de Vizinczey.

En brazos de la mujer madura fue traducida al español, por vez primera, en 1978, pero sólo a partir de la década que vivimos comenzó a adquirir, en los países de lengua española, una dimensión justa, independientemente de reimpressiones masivas. Ya es, sin lugar a dudas, una obra clásica: con ello quiero decir que merece la lectura y la relectura: que tiene asegurada una larga vida.

III. UN MILLONARIO INOCENTE

Un millonario inocente (1985) ratifica la maestría que Stephen Vizinczey reveló en su primera novela. Para llegar a ella, y para no decepcionarse a sí mismo ni entregar al lector un producto inferior al de *En brazos de la mujer madura*, Vizinczey se demoró veinte largos años que realmente valieron la espera porque, otra vez, lo que consigue es una obra maestra.

En la trama, Mark Niven, joven hijo de un actor poco exitoso, descubre que la única manera de no sufrir por el dinero es teniendo a manos llenas. Llega a la equívoca conclusión de que sólo siendo millonario podrá aspirar a la tranquilidad. Se entrega entonces a buscar su fortuna, y ya desde la adolescencia finca sus esperanzas en el rescate de un tesoro marino. Sabe de una embarcación hundida a principios del XIX frente a las costas de las Bahamas, con diecisiete toneladas de oro y otras minucias que alcanzan la suma de 300 millones de dólares.

Mark Niven se traslada de Europa a Estados Unidos y de aquí a las Bahamas para rescatar "su" tesoro. Nadie cree en él. Pero él está seguro de conseguir lo que anhela: rescatar los tesoros del *Flora* y hacerse inmensamente rico, tanto que le permita no padecer los sufrimientos de su infancia y lo que vio sufrir a sus padres. (Entre las causas del divorcio de éstos están muy presentes el fracaso profesional y la precariedad económica del actor, quien sólo en su madurez conse-

guirá salir, un poco, de la existencia mediocre.)

Después de muchas venturas y desventuras (entre las cuales no faltan las experiencias amorosas y aun eróticas), Mark Niven logra dar con su tesoro, lo rescata y, finalmente, se hace con el 50 por ciento (la otra mitad es del gobierno) de la noche a la mañana lo transforma en millonario. Mas si el lector cree que la suerte de Mark Niven ha cambiado por completo, se equivoca. Aquí empezarán las desventuras más trágicas e inesperadas y el millonario Mark Niven comprenderá que antes que despreocuparse por el dinero, el poseerlo lo ha condenado a preocuparse más por él. Conocerá, entonces, el bajo mundo de los abogados, tan temible como el de los criminales y sabrá que "la desesperación es aire frío que envuelve el corazón", porque "el credo del ladrón no reconoce la existencia de vínculo alguno entre las personas y sus pertenencias" y porque "los abogados trafican en lana, y sus clientes son las ovejas a esquila".

Coherentemente, la destreza narrativa de Stephen Vizinczey evita el final feliz en *Un millonario inocente*. Como buen narrador que es, estendhaliano de raza, Vizinczey hace sufrir todo lo posible a su personaje; no le da tregua sino al final de su existencia, pues Mark Niven ha vivido todo muy de prisa en sus ansias por encontrar la felicidad que, supuestamente, le otorgaría el dinero.

La vida de Mark Niven se prolongará en una hija que sí tendrá, desde sus primeros días, la bonanza económica que el protagonista no tuvo. Y uno de los abogados concluirá que Mark Niven era más fuerte muerto que vivo, pues muerto fue cuando pudo recuperar al fin su tesoro que un estafador pretendió arrancarle. Otro malvado que lo combate es también el esposo de Marianne: un millonario que primero quiere deshacer su matrimonio a como dé lugar y que, después, cuando sabe de los amores de su esposa con Mark Niven, se llama traicionado y trata de acabar, más bien, con la vida del joven. Será él quien propicie el desenlace que, al final, hará fracasar al malvado estafador Vallantine, aunque también hará morir a Niven. Así, el narrador concluye: "A veces también los malvados hacen el bien aunque por interés, o por simple ignorancia". Y, coherentemente, como era de esperarse en el bajo mundo de los leguleyos, el mismo abogado criminal que antes defendió el caso de Vallantine, con el fin de robar el tesoro de Niven, le dirá, cínicamente, al ladrón: "Mr. Vallantine, esto es lo único que voy a decirle. No basta ser un granuja listo; también hay que tener suerte."

Para Vizinczey, la suerte es algo de lo más importante en *Un millonario inocente*, como lo es también en toda existencia. Gracias a la suerte Mark Niven descubre un libro sobre barcos. Gracias a ella, también, presencia las precariedades de sus padres. Es una suerte que investigue el hundimiento del *Flora* frente a las costas de las Bahamas. Es una suerte que conozca a Marianne. Gracias a su suerte descubre el pecio. Con mucha suerte sobrevive a un ataque en el momento de estar rescatando el oro. Su suerte lo lleva a conocer a Vallantine, el estafador. Y, finalmente, la suerte lo abandona y es asesinado, pero incluso en este trance último su muerte sirve para que el estafador no se salga con la suya. En efecto, Niven era más fuerte muerto que vivo.

Esta apología del azar no es gratuita en Vizinczey; tam-

co es descabellada. Vizinczey construye una novela con todo el rigor metódico de una aventura que tiene un principio y un final; pero no se olvida del elemento irracional y de lo imprevisible. De hecho, lo imprevisible es lo que caracteriza la existencia del ser humano y esto es lo que propicia las mejores páginas de una novela que hay que calificar de magnífica.

Además de los exactos y espléndidos diálogos que entaban los personajes en *Un millonario inocente*, destacan las observaciones precisas y cáusticas del narrador. Descripción y juicios sobre la existencia humana se convierten en metáforas contundentes en el inmejorable estilo de Vizinczey: "Así va el mundo, eso es la vida reflexiona el protagonista. Las personas son monstruos, y tengo que hacerme rico si no quiero depender de monstruos."

Acerra de los Niven (padre e hijo), el narrador nos advierte premonitoriamente: "La vida de estos dos solteros, atenuado cada uno por su propia obsesión, consciente cada uno de la locura del otro, soñando y altercando, viajando sin llegar a ningún sitio, era un tema digno del autor de *Esperando a Godot*. Ninguno de los dos sospechaba lo mucho que se parecían... y para cada uno de ellos, su caso no podía ser más distinto."

Si una característica positiva, ética y literariamente, respaldase en la literatura de Vizinczey, ésta es la ausencia de cualquier maniqueísmo. Hay en sus personajes y en la voz del narrador una absoluta sinceridad. Todos actúan como en la vida real; jamás como en universos ideales. En este sentido, Vizinczey es un novelista singular que, a diferencia de muchos autores incultos de hoy, recupera las enseñanzas clásicas de los maestros del realismo.

Un viejo millonario, por ejemplo, aconseja al nuevo millonario Niven, en el siguiente tenor: "Tengo el corazón de piedra, ¿sabe? Pregunte a cualquier sociedad benéfica. Soy el hombre más mezquino que conozcan. Soy célebre por mi tacañería. No creo en la caridad. La caridad multiplica a los incapaces" Y, como es de esperarse, ofrece a Niven una recomendación del todo pertinente: "Nunca dé dinero a universidades. ¡Cuándo era joven, perdí millones por no atender doctos consejos! Un tonto analfabeto puede ser un tonto útil, puede fregar suelos; pero un tonto con un doctorado es mortal. Los especialistas en ciencias sociales, los terroristas, los sociobiólogos, los marxistas, los psiquiatras, los charlatanes de todo tipo, todas estas hordas de parásitos salen de las universidades. ¿Y sabe por qué? Porque la estupidez no se cura con libros, sino todo lo contrario: la educación superior la agrava. ¡Nada de becas, recuérdelo!"

Aquel anciano, fundador de la Asociación Mundial para la Conservación de la Naturaleza, multimillonario que estaba al borde de la muerte pero que seguía respirando por los poros del dinero, es de una coherencia mental absoluta, como lo son cada uno de los otros personajes de *Un millonario inocente*. En este sentido, Stephen Vizinczey es un excelente constructor de caracteres —requisito más que indispensable para ser un buen novelista— lo cual consigue con un conocimiento profundo de la naturaleza del género humano.

Al huir de todo propósito maniqueísta, el escritor advierte: "Hay dos clases básicas de literatura. Una ayuda a compren-

